

tadráticos tomados del clero secular, que, apartado hacía tiempo de la enseñanza, no estaba preparado para tan difíciles tareas.

Otras veces he elogiado á los miembros de mi venerable clero, por la pronta obediencia con que entregaron el Seminario al clero regular, y renunciaron sin replicar á las honoríficas funciones de la enseñanza, cuando lo confié, primero á la Compañía de Jesús, y después á la Congregación de la Misión. Hoy tengo que elogiarlos doblemente por la abnegación y alacridad con que volvieron de sus parroquias á las tareas de la enseñanza, y se han prestado á trabajar sin descanso en la ardua empresa de sacar al Seminario del triste estado en que se les entregó.

Restaurado el cuerpo de profesores, era preciso proceder á la restauración de los estudios. Por lo que toca á la Facultad Teológica, no era la tarea tan difícil. Aunque el número de cursantes no llegaba siquiera al de 16 (que me pareció tan exiguo cuando en 1892, por ver si lo aumentaba, dividí el Seminario, confiando la dirección del Mayor, á los Sacerdotes de la Congregación de la Misión, que acababan de dejar el renombrado Seminario de la Habana), aunque sólo alcanzaba la cifra de *catorce*, no era ésta tan insignificante que no se prestara la clase á estudios serios y concienzudos. Entre los muchos que me han ayudado, la suerte me deparó un profesor amaestrado en las aulas de insigne Universidad, y ejercitado en hablar el latín con aquella soltura y corrección que sólo se adquiere en esa

Italia, en que el idioma de los antiguos romanos no ha dejado de ser lengua viva. Bajo su dirección, han podido adelantar el año que hoy termina. En el entrante, tengo fundadas esperanzas de aumentar de tal suerte el cuadro de profesores en esta Facultad, que le dé ciertas apariencias de Universidad, y atraiga mayor número de alumnos.

Dificultades, al parecer insuperables, presentaba la Facultad Filosófica. Como podéis ver en la estadística formada al empezar este año escolar, á *siete* se reducía el número de alumnos, repartidos en las clases de Física, Química, Matemáticas, Ética, Metafísica y Lógica. ¿Era posible, que al tomar el clero secular á su cargo esta *sombra* de Facultad, formase un cuadro de estudiantes que igualara siquiera al de Profesores ya nombrados? Gracias á Dios, se aumentaron un poco, y se puso mano, con buen éxito, al trabajo de restauración.

Mis principales desvelos, han sido este año, como siempre, y aun más que nunca, para las clases de humanidades. Ellas son la clave de los estudios superiores, y el perno de todo colegio eclesiástico. Si no se cursan bien y en edad temprana, imposible es formar buenos filósofos, imposible saludar siquiera la Teología Escolástica, imposible formar clérigos que no sean de los que el vulgo apellida «de misa y olla.» En esto convienen hasta los más acérrimos enemigos del idioma latino y del método antiguo de educación. Por más que vociferen que su enseñanza no debe ser obligato-

ria para todas las carreras, no pueden menos que convenir que es indispensable para todo el que quiera descollar en la literatura ó en la Jurisprudencia, y, sobre todo, en la Iglesia. No me dirijo, pues, á estos adversarios, sino á los *nuestros*, que es de donde viene el mayor peligro, y de donde han provenido ya funestos resultados.

El director de un colegio eclesiástico, bien sea seminario clerical, bien sea lo que los franceses llaman *petit séminaire*, bien sea simplemente colegio con profesores pertenecientes al clero secular ó regular, se encuentra actualmente entre la espada y la pared. ¿Se deja llevar por la corriente, y suprime las humanidades? ¿Se sostiene firme en el antiguo método? ¿Acepta un término medio, fomentando juntamente y en un mismo recinto ambos sistemas? ¿Adopta el temperamento de no conformarse sino á medias al plan de estudios vigente, y de no conservar el antiguo sino en una mínima proporción?

Si el objeto es llenar las aulas de alumnos, vengan de donde vinieren, y tiendan adonde tendieren, claro es que el primer medio es el mejor, y el que más corresponde á los intereses pecuniarios. Pero, ¿quién no ve que esto ahoga en su cuna las vocaciones y da el triunfo á los enemigos de la Iglesia, que declaran la guerra al latín, no por el latín mismo, sino porque es el idioma eclesiástico, la clave de las ciencias teológicas y filosóficas, la verdadera lengua católica ó universal?

Aunque no en tanto grado, sucede lo mismo con los

términos medios. Ya se ha visto prácticamente con jóvenes, que después de haber sido sujetos á ese régimen, se sienten con vocación al sacerdocio, ó al estado religioso. ¿Vuelven á repasar la gramática y á estudiar los clásicos que ni siquiera saludaron? ¿Se aventuran, sin conocer el idioma, á investigar las doctrinas de Santo Tomás y los Escolásticos? Cualquiera de estos pasos es tan difícil, que hemos visto á más de uno retroceder en su santa empresa, nada más que por esta dificultad.

Además, con esos términos medios, desacreditamos nuestros propios métodos, y exponemos las humanidades á un manifiesto fracaso. Tal ha sucedido con mi Seminario. Aun allá en los años de 1892 y 1894, en que me quejaba yo amargamente de la merma de las vocaciones eclesiásticas, y manifestaba que el número de teólogos, de 40 cuando yo vine á la diócesi, había bajado á 16 y tenía tendencias á disminuir, aun entonces los cursantes de humanidades eran harto numerosos. No sólo las clases de retórica, poética y sintáxis, eran respetables por su número, sino que había que repartir en dos divisiones la de gramática ínfima, ó primer año de latín, porque no bastaba para tantos alumnos un solo profesor. Dividido en dos el Seminario, en 1894 había en ambos planteles cátedras de primer año de latín, y en ambos se llenaban las aulas. Reunidos de nuevo, siguió el mismo número de humanistas hasta el año de 1899, en que partí, como ya he dicho, para el Concilio Plenario.

Pero apenas se permitió, ya no como excepción, sino como regla, que se dejara de estudiar el latín, que se siguiera una carrera llamada mercantil, que predominaran en el Seminario los que no querían seguir estudios serios, sino únicamente mal aprender un poco de aritmética, y á escribir de una manera más ó menos inteligible, cuando la escena cambió. Entonces fué cuando exclamé con énfasis: Prefiero tener estudios de Universidad, y que se queden mis aulas vacías, á ver mi Seminario convertido en escuela de primeras letras.

¿Fué esta exclamación infundada? Desconfiando de mis propios juicios, en mi reciente viaje á Roma expuse la situación á altísimos personajes, entre otros, al Prefecto de la Congregación de Estudios, y todos me respondieron á una voz: ¡Firme, sosteneos, no cedáis! Y la misma voz de *¡firme!* resonó en las mayores alturas que conozca la tierra.

Aunque suficiente y aun más, no fué éste el único motivo de estímulo que me alentó en mi empresa, y me corroboró en mis principios. Si bien ya lo sabía, me confirmé una vez más en la certidumbre de que la guerra á las humanidades es exclusiva de Méjico. Es cierto que algo vociferan en Francia; pero está muy lejos el día en que se destierre el latín por completo de la enseñanza. En Inglaterra prevalece el antiguo sistema clásico de educación. En Alemania, desde la escuela aprende el niño el latín y el griego. En Italia, á pesar de ser revolucionario el Gobierno, tiene tal res-

petó á los idiomas antiguos, que el último año del siglo iban cada ocho días los alumnos de sus escuelas al Foro Romano, á cantar en latín el *Carmen saeculare* de Horacio, y ese mismo año se representaban en un teatro público, y en griego clásico, tragedias de Sófocles y Eurípides. En los Estados Unidos de América, igualmente forma el latín la base de la educación seria.

¿Y ha de prestarse la Iglesia de Méjico á abolir la enseñanza del latín en sus Seminarios? ¿Ha de atreverse al menos á desacreditar los estudios clásicos, dando la preferencia al método que los destierra de los colegios, y no enseñando el latín sino de una manera vergonzante? Si tal hiciera, entonces sí merecería nuestro clero el epíteto de ignorante con que tantos lo tachan. Entonces sí que las congregaciones docentes, establecidas entre nosotros, darían lugar al cargo que en otras partes se les ha hecho, de querer mantener muy bajo el nivel de la educación entre los hijos del país, para asegurar ellas su predominio.

Por lo que á mí toca, hasta el último aliento sostendré el antiguo método de enseñanza que la Iglesia ha ordenado siempre, y moriré abrazado á la bandera de los clásicos. El latín será el idioma vulgar de mis estudiantes de Teología; y en latín se enseñará la Filosofía, como lo tienen mandado, entre otros, el Concilio Plenario de la América Latina. Las humanidades serán, como lo han sido hasta aquí, el objeto de mi predilección, y hasta la escuela primaria agregada al Seminario, se dirigirá, como lo manda el referido Conci-

lio, á formar de preferencia, y casi exclusivamente, buenos aspirantes al sacerdocio.

¿Ha correspondido siempre á este fin dicha escuela? ¿Corresponde en la actualidad? Vamos á investigarlo brevemente antes de concluir.

La escuela que me encontré en este recinto al llegar á la diócesi, se componía de un puñado de niños poco menos que andrajosos. Esto no es lo que quieren los Concilios. Deben buscarse de preferencia los niños pobres, pero no entresacarse de la clase más abyecta de la sociedad.

A los pocos años se cayó en el extremo opuesto. Poblaban la escuela una multitud de niños ricos, muchos de fuera de la diócesi, ninguno destinado al sacerdocio, ni con fundadas esperanzas de que tuviera algún día vocación. Tampoco es este el tipo de la escuela de un Seminario.

Dividido el establecimiento en dos, al fin tuve una verdadera *escuela apostólica* en el Seminario Mayor de San Carlos, dejando á los niños ricos y sin aspiraciones al estado eclesiástico, en el menor.

Ésta duró apenas dos años. Reunidos los dos colegios, se refundieron en una las dos escuelas, y después de pasar por no pocas peripecias, al expirar el año pasado, nuestra escuela se componía de niños ricos, párvulos no pocos de ellos, y estaba dirigida por un seglar.

Hoy, la escuela está regentada por un sacerdote, y se compone de niños de la clase que recomiendan el

Concilio de Trento y el Plenario de la América Latina. Tengo fundadas esperanzas que de ella saldrán alumnos bien formados para las clases de humanidades, y que se podrá restaurar en breve el Seminario, por lo que toca al número de alumnos.

Réstame sólo hablar de la restauración hacendaria. Mucho temí por la administración al pasar ésta á manos del clero secular, después de tantos años de no haber tenido en ella la menor participación. Gracias á Dios, salieron vanos mis temores. Cuando hay, por una parte, desinterés personal, y por otra, interés por el *Alma Mater*, amor al establecimiento y afán porque crezca y prospere, es fácil establecer una administración económica, y nivelar los egresos con los ingresos, por exiguos que éstos resulten. Tal ha sucedido en el presente año; y como fruto de nuestras economías, hoy me encuentro en situación de ofrecer á los tres alumnos que más se han distinguido, becas de gracia, ó sea un puesto gratuito á cada uno, como premios. Acercaos á recibir éstas y las demás recompensas á que os habéis hecho acreedores.

